

Cascotazos contra la desolación, luces para la alegría

A poco de publicar una biografía de Osvaldo Soriano en la que trabajó durante años, Ángel Berlanga muestra el diálogo entre su obra y la historia argentina: la brutalidad de los setenta, los destrozos del neoliberalismo en los 90 y los ideales de la Generación de Mayo.

Es significativa, en Osvaldo Soriano, la imagen del tira piedras. A mediados de los 90, en una conversación radial con Pepe Eliashev, decía: “Es verdad, a veces me siento tirando piedras, o rompiendo vidrios. Rompés el vidrio y salís corriendo hasta la esquina. Entonces viene el presidente, o un amigo, y te grita o se enoja”. Hablaban de *Llamada internacional*, y del *Créase o no*, esa serie de diálogos agilísimos entre un alter ego trucho de Soriano, como corresponsal argentino, y un editor europeo que oscilaba entre la estupefacción, el asombro y el malentendido: tiempos del menemismo explícito, con la Argentina como alumno ejemplar del Fondo Monetario y Domingo Cavallo como ministro racionalista, científico, un peso igual a un dólar. Pasaron veinte años y para muchos esto será viejo y repetitivo, pero ahí está Mauricio Macri al acecho, admirador también explícito de Menem y de Cavallo: la chance del neoliberalismo a la vuelta de la esquina, otra vez.

Soriano ataba la imagen del tira piedras al chico que fue, reacto a la escuela, discutiendo con el padre, pendiente de *la ficción del fútbol* por las provincias en las que pasó su infancia: rebelde con la autoridad. Son rasgos rescatados a la distancia, naipes biográficos que utilizaba para componerse como personaje, que también se corresponden con marcas concretas, porque abandonó el industrial en tercer año, supo pelearse con *sus jefes* a lo largo del tiempo y tuvo una relación distante

con don José Vicente Soriano hasta que murió, de cáncer, en 1974. Otro salto a los 90: fue en esa década que Soriano arrancó con los relatos que compondrían *Cuentos de los años felices*, recopilación de textos que iba publicando en *Página/12*, en los que retrataba a su padre, un sobrestante de Obras Sanitarias antiperonista que en tiempos del primer peronismo perseveraba en defender las nociones de estado y patria. Esta serie, que tendría su continuidad en otros textos que aparecerían en *Piratas, fantasmas y dinosaurios* (de 1996, el último libro que publicó en vida), fue varias cosas a la vez: una visita a lo que fue la relación con su padre, un preparativo para su propia paternidad (Manuel, su único hijo, nació en 1990), un ensayo interno para lo que sería su séptima y última novela, *La hora sin sombra*, en la que otro alter ego busca encontrarse por las rutas con un padre moribundo. Y fue, también, una forma de cascotear al neoliberalismo, en una época en la que buena parte de la sociedad se convenció, había sido convencida, de las privatizaciones como progreso, de las bondades del empresariado en el manejo de áreas claves del país, con todos esos viejitos felices y triunfales disfrutando de un futuro al cuidado de las afjp. Véase también los socios pobres de la Unión Europea, hoy.

Asocio lo *tira piedras* a un par de asuntos más. Por un lado a la travesura, propia de los chicos, para divertirse trasgrediendo: ahí también está el humor. Que es un rasgo que

suele aparecer, dosificado o en trazos predominantes, según épocas y estados, en la literatura y el periodismo de Soriano. No presumía de original, por otra parte, pero sus textos, su tono, su actitud, están cargados de marcas rupturistas. Que pase algo: romper un vidrio, romper los huevos. Para algunos escritores, intelectuales y/o académicos, que creen estar más a su izquierda o que socavan cada vez que pueden su obra o su influencia, Soriano sigue siendo un sujeto casi abominable: les da alergia, por lo menos. Tampoco es para dramatizar, porque para otros es un autor emblemático, y su historia y sus libros se abren paso de formas varias, en estudios académicos muy diversos (alguno sobre su humor en España, otros sobre sus abordajes políticos en Francia o Estados Unidos, alguno más en Chile sobre su influencia en el nuevo policial latinoamericano); en jornadas que abordan su obra o en concursos literarios que lo evocan (como el de la Facultad de Periodismo de La Plata que lleva dos ediciones); o en una nueva reedición de sus libros, esta vez de bolsillo, popular y para los kioscos, que se suma a la que había hecho Seix Barral durante la década pasada.

De su primer libro, *Triste, solitario y final*, decía que le debía a Raymond Chandler, justamente, el tono, la agilidad en los diálogos, el nombre de la novela (la última línea de *El largo adiós*) y hasta *el préstamo* (sin permiso) de Philip Marlowe como personaje. En la historia, el periodista Soriano se encuentra



Oswaldo junto a su padre, don José Vicente Soriano, fallecido en 1974, un año después de publicada su primera novela, con quien tuvo una relación distante que visitó con frecuencia a lo largo de su obra.

Biografía

con Marlowe en la tumba de Stan Laurel, en el cementerio de Forest Lawn, y juntos remontan una inquietud compartida: por qué el Gordo y el Flaco quedaron al margen de la industria cinematográfica, por qué Hollywood les terminó dando la espalda. En plena ceremonia de los Oscar ambos terminan a las trompadas con John Wayne y Charles Bronson, una escena de tortazos en la que también están Mia Farrow, Jane Fonda, Dean Martin y James Stewart: *la idea* es secuestrar a Charles Chaplin para conversar con él sobre Stan & Ollie. Soriano tenía 30 años en 1973, cuando publicó la novela, que recibió en general muy buenas críticas. Algunos amigos en las lecturas previas, sin embargo, discutieron con Soriano sobre Chaplin, porque no estaban de acuerdo con que saliera mal parado y se ligara algún cascotazo, él que en sus películas da cuenta de las diferencias sociales, de las maquinarias que destruyen al hombre, etc. Soriano argumentaba así: “Charlie era golpeado y humillado, pero al fin se elevaba sobre sí mismo, vencía a sus rivales, rescataba a su dama y lograba justicia. Stan y Ollie nunca hicieron justicia ni la recibieron ellos mismos. Sabían que eso era imposible en la sociedad norteamericana, donde los fracasados son seres despreciables”.

Rasgos de esa matriz conceptual parecen claros en sus siguientes libros. Escribía en *La Opinión* junto a Juan Gelman, Tomás Eloy Martínez o Alberto Szpunberg, cuando apareció su primera novela, pero al año siguiente el diario que dirigía Jacobo Timerman dio otro giro a la derecha y a mediados del 74 terminó expulsado, porque se negó a hacer una nota panfletaria a favor de López Rega y compañía. Por entonces escribió el primer borrador de *No habrá más penas ni olvido*: plantó en Colonia Vela un crescendo violento entre un grupo de matones que, a tono con la impronta lopezreguista, procuran forzar la renuncia del delegado Fuentes, un peronista del 45 que simpatiza con la juventud y se atrinchera para resistir en la municipalidad: será una masacre. Los personajes de Soriano siempre patinan en busca de sus causas, causas que trajinan empujados a veces de carambola por las circunstancias y en general sin un apego estricto a la ley, que, saben, casi siempre termina inclinándose para el mismo lado: sus criaturas amagan con elevarse sobre sí mismas pero se vienen a pique y no vencen a sus rivales ni rescatan a sus damas ni logran justicia.

Tras su salida de *La Opinión* trabajó una temporada como guionista de televisión junto a Aída Bortnik, y escribió para *El cronista comercial* y *Mengano*; en esta última

revista satírica, quincenal, publicó con el seudónimo de Max Ferrarotti una serie de artículos que tenían como protagonista al mismo Ferrarotti, un periodista de altas esferas, bastante chanta, que fue el antecesor grotesco del que negociaba en la *Llamada internacional* que publicaría en los 90. En las entrelíneas de esos textos caricaturizaba los mecanismos de relación entre prensa, poder y política, vínculos hoy muy a la vista; en aquel momento asistía a la descomposición del gobierno de Isabel Martínez de Perón y en el aire ya se respiraba un golpe militar que ejecutaría miles de crímenes de lesa humanidad e hipotecaría el país. La dictadura lo empujó al exilio, primero en Bruselas, luego en París. En Europa daría los últimos retoques a *No habrá más penas ni olvido* y escribiría *Cuarteles de invierno*, su tercera novela, en la que un boxeador veterano y un cantante de tangos llegan a Colonia Vela como invitados a una fiesta organizada por los militares y la oligarquía local: ahí se respiran la opresión, la tilingüería rancia y la criminalidad de la época en un pueblo bonaerense en pleno Proceso (Ricardo Piglia llegó a decir de *Cuarteles* que fue la mejor novela sobre la dictadura escrita fuera del país). Estos dos libros se publicaron primero en Europa; aparecieron traducidos en Polonia y en Italia, incluso, antes que en castellano en España. En Argentina se editarían en 1982, tras Malvinas, con la dictadura ya en retirada, y desde entonces cada libro de Soriano fue *best seller*. Desde entonces, también, las críticas se le repartieron, se polarizaron. Y desde entonces, además, la política contemporánea y las disputas y tensiones ideológicas del poder, serán a la vez telón de fondo y leitmotiv de su narrativa. Materia y tema para el cascoteo.

Es un rasgo, por supuesto: no es que lo suyo fuera *sólo eso*. Porque, a la vez que crítico, Soriano fue poniendo a quien lo leyera en diarios y revistas en contacto con otras geografías e historias, figuras y personajes de la literatura, del cine, del fútbol o del boxeo, de la política. Su prosa era, a la vez, ágil, occurrente, vibrante y *entendible* para decenas de miles de lectores: Soriano fue quizás el último escritor popular argentino. Más vale que hay sus más y sus menos en su narrativa y en sus textos periodísticos; él mismo no rescataba muchas de sus etapas en la prensa e incluso, en perspectiva, fue bastante autocrítico con alguna novela propia, en especial con *A sus plantas rendido un león*, la primera que publicó tras al volver del exilio: le costó asentarse otra vez en Buenos Aires, hasta que encontró su sitio en *Página/12*, del que fue uno



de sus fundadores (en la impronta del diario es muy notorio el adn de Soriano). Algo sí: soportaba mal las críticas adversas, las justas y las injustas, y supo tener reacciones intempestivas, incluso arbitrarias. Y despatriaba porque, decía, la academia no lo tenía en cuenta, o lo maltrataba: un modo, también, de constituirse como un *outsider*. En esa zona, gris, las versiones sobre qué le pasaba realmente oscilan entre la pose en pos del personaje o el pataleo genuino.

Populista, cultor de lo sentimental, pobre de lenguaje: todo eso para *vender más*, le endilgaban. Soriano aseguraba que no escribía una línea pensándolo así: “Porque además, justamente, si hiciera eso sería contraproducente”, decía, “sería la muerte como escritor”. “Pero sería hipócrita si dijera que no me gusta tener muchos lectores, o que me daría lo mismo que mi próximo libro fuera leído o no”, aclaraba. “No sé cómo imaginarme a mi lector: no hay uno igual a otro así como no hay dos adolescentes idénticos. Supongo que mis lectores comparten conmigo algunos elementos básicos que tienen que ver con el sentido de perte-



nencia, los héroes y los antihéroes, el fracaso y cierta generosidad en el momento del desastre. No pienso en ningún lector especial cuando estoy escribiendo, excepto en mí mismo, que soy un lector fácil y difícil al mismo tiempo. Si un texto me aburre a las quince o veinte páginas, lo dejo”.

Parece significativo que le reprocharan, también, y en tiempos del *Fin de la Historia* proclamado por Francis Fukuyama en los '90, abordar la política contemporánea en su narrativa: Malvinas en el corazón de *A sus plantas*, el paisaje desolado del “¡Sígannme!” de Menem en *Una sombra ya pronto serás* (preanuncio de los alrededores del estallido del 2001) o la manipulación simbólica de pasado y presente que caricaturiza El ojo de la patria, donde se entrecruzan la repatriación de los restos de Juan Manuel de Rosas y las gestas patéticas del espía argentino Julio Carré. Luces y piedras que trazan sus líneas en el tiempo: “Los jóvenes sienten, legítimamente, que les entregamos un país de mierda –decía por entonces–. Los que todavía estamos vivos, lo mejor que podemos

hacer por ellos es tratar de comprenderlos. Para que no se los lleven las cloacas de la vida. Eso es todo lo que podemos hacer. No tenemos autoridad para otra cosa. Les dejamos una realidad hecha pelota. Fracasamos en los sueños. Y, por lo tanto, no les dejamos como herencia ni siquiera nuestros sueños. Nuestra generación quiso poner todo patas para arriba. Dejó grandes figuras y grandes momentos. ¿Fue positivo? Quién es uno para juzgarlo”.

Soriano murió el 29 de enero de 1997: tenía 54 años. En tiempos del *Fin de la Historia*, en los que en simultáneo algunos nerds decretaban (otra vez) la caducidad de la narración de historias en la literatura, Soriano rescató también personajes, contextos e historias de los comienzos del país: consiguió una vieja colección de la Biblioteca de Mayo y publicó una serie de artículos. “Los fervores de Mayo se han apagado hace mucho tiempo, pero las voces de la Revolución abortada todavía están ahí y reclaman lo mismo de entonces: libertad, justicia, igualdad, independencia –sostenía veinte años atrás–. ¿Son uto-

pías? ¿Asignaturas pendientes? No importa el nombre que se les dé. Son deudas que tenemos con nosotros mismos. Nada de patrioterismo mesiánico ni de nacionalismo venal: sólo la insistencia en construir, algún día, una patria en la que sus habitantes puedan sentir que están buscando lo mejor para todos y no la fortuna de unos pocos. Ahora, los héroes son estampas congeladas. Ya no rugen Moreno y Castelli, no se desmaya de hambre Belgrano en el campo de Tucumán, no enloquece French ni enfrenta San Martín el dilema de Guayaquil. Queda, apenas, la vanidad del coraje perdido. Nada que evoque la pasión de aquellos fundadores que no amasaban plata sino ilusiones. Sin embargo, por ridículo que parezca, todo está por hacerse. En alguna recóndita parte de nosotros se enhebran los hilos invisibles de un sueño inconcluso: una igualdad de oportunidades en la que no haya miseria ni ignorancia: una independencia que no signifique aislamiento ni odio. Una utópica nación de hombres honestos que haya pagado sus deudas con el pasado”.